

Katherine Mansfield

Fiesta En El  
Jardín



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# FIESTA EN EL JARDÍN

KATHERINE MANSFIELD

**PUBLICADO: 1922**

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG  
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

Y después de todo, el tiempo era ideal. No podrían haber tenido un día más perfecto para una fiesta en el jardín si lo hubieran pedido. Sin viento, cálido, el cielo sin una nube. Sólo el azul estaba velado por una neblina de oro claro, como ocurre a veces a principios de verano. El jardinero llevaba levantado desde el amanecer, cortando el césped y barriéndolo, hasta que la hierba y las rosetas planas y oscuras donde habían estado las plantas de margaritas parecían brillar. En cuanto a las rosas, no podías evitar la sensación de que comprendían que las rosas son las únicas flores que impresionan a la gente en las fiestas de jardín; las únicas flores que todo el mundo está seguro de conocer. Cientos, sí, literalmente cientos, habían salido en una sola noche; los verdes arbustos se inclinaban como si hubieran recibido la visita de arcángeles.

Aún no había terminado el desayuno cuando llegaron los hombres para montar la carpa.

"¿Dónde quieres que pongamos la carpa, madre?"

"Mi querida niña, es inútil que me preguntes. Este año estoy decidida a dejároslo todo a vosotros, niños. Olvidad que soy vuestra madre. Tratadme como a una invitada de honor".

Pero Meg no podía ir a supervisar a los hombres. Se había lavado el pelo antes de desayunar, y estaba sentada tomando el café con un turbante verde, y un rizo oscuro y húmedo estampado en cada mejilla. José, la mariposa, siempre bajaba con una enagua de seda y una chaqueta de kimono.

"Tendrás que irte, Laura; tú eres la artística".

Lejos voló Laura, todavía con su trozo de pan con mantequilla en la mano. Es tan delicioso tener una excusa para comer al aire libre y, además, le encantaba tener que arreglar las cosas; siempre sentía que podía hacerlo mucho mejor que nadie.

Cuatro hombres en mangas de camisa estaban agrupados en el sendero del jardín. Llevaban bastones cubiertos con rollos de lona y grandes bolsas de herramientas colgadas a la espalda. Parecían impresionantes. Laura deseaba no haber cogido el pan con mantequilla, pero no tenía dónde ponerlo y no podía tirarlo. Se sonrojó y trató de parecer severa e incluso un poco corta de vista cuando se acercó a ellos.

"Buenos días", dijo, copiando la voz de su madre. Pero sonaba tan terriblemente afectada que se avergonzó y tartamudeó como una niña pequeña: "Oh... eh... ¿han venido... es por lo de la carpa?".

"Así es, señorita", dijo el más alto de los hombres, un tipo larguirucho y pecoso, que movió su bolsa de herramientas, se echó hacia atrás el sombrero de paja y le sonrió. "Eso es todo".

Su sonrisa era tan fácil, tan amistosa, que Laura se recuperó. ¡Qué ojos tan bonitos tenía, pequeños, pero de un azul tan oscuro! Y ahora miró a los demás, que también sonreían. "Anímate, no te morderemos", parecía decir su sonrisa. ¡Qué simpáticos eran los obreros! ¡Y qué mañana tan bonita! No debía hablar de la mañana; debía ser formal. La carpa.

"Bueno, ¿y el jardín de lirios? ¿Te parece bien?"

Y señaló el prado con la mano que no sostenía el pan con mantequilla. Se volvieron y miraron en aquella dirección. Un gordito sacó el labio inferior y el alto frunció el ceño.

"No me apetece", dijo. "No es lo bastante llamativo. Verás, con algo como una carpa -y se volvió hacia Laura con su aire desenfadado-, lo mejor es ponerla en un lugar donde, si me sigues, te dé una bofetada en el ojo".

La educación de Laura le hizo preguntarse por un momento si era muy respetuoso por parte de un obrero hablarle de golpes en el ojo. Pero le siguió.

"Un rincón de la pista de tenis", sugirió. "Pero la banda estará en una esquina".

"H'm, vais a tener una banda, ¿verdad?", dijo otro de los obreros. Estaba pálido. Tenía un aspecto demacrado cuando sus ojos oscuros escrutaron la pista de tenis. ¿En qué estaría pensando?

"Sólo una banda muy pequeña -dijo Laura con dulzura. Quizá no le importaría tanto si la banda fuera muy pequeña. Pero el tipo alto interrumpió.

"Mire aquí, señorita, ése es el lugar. Contra esos árboles. Allí. Ahí estará bien".

Contra los karakas. Así los karakas quedarían ocultos. Y eran tan hermosos, con sus hojas anchas y relucientes, y sus racimos de frutos amarillos.

Eran como árboles que imaginabas creciendo en una isla desierta, orgullosos, solitarios, elevando sus hojas y frutos al sol en una especie de esplendor silencioso. ¿Deben quedar ocultos por una marquesina?

Así es. Los hombres ya se habían echado los bastones al hombro y se dirigían hacia allí. Sólo quedaba el tipo alto. Se agachó, pellizcó una ramita de lavanda, se llevó el pulgar y el índice a la nariz y aspiró el olor. Cuando Laura vio aquel gesto, se olvidó por completo de los karakas al asombrarse de que se preocupara por cosas como aquélla, de que se preocupara por el olor de la lavanda. ¿Cuántos hombres que ella conociera habrían hecho algo así? Pensó en lo extraordinariamente amables que eran los obreros. ¿Por qué no podía tener como amigos a los obreros y no a los chicos tontos con los que bailaba y venían a cenar los domingos por la noche? Se llevaría mucho mejor con hombres así.

Todo es culpa -decidió, mientras el tipo alto dibujaba algo en el reverso de un sobre, algo que había que atar o dejar colgar- de estas absurdas distinciones de clase. Por su parte, ella no las sentía. Ni un poco, ni un átomo... Y ahora llegó el estruendo de los martillos de madera. Alguien silbó, alguien gritó: "¿Estás bien ahí, colega?". "¡Amigo!" Para demostrarle lo feliz que era, para demostrarle al tipo alto que se sentía como en casa y que despreciaba las estúpidas convenciones, Laura dio un buen mordisco a su pan con mantequilla mientras miraba el pequeño dibujo. Se sentía como una trabajadora.

"Laura, Laura, ¿dónde estás? Teléfono, Laura!", gritó una voz desde la casa.

"¡Ya voy!" Se alejó a toda velocidad por el césped, subió el camino, subió los escalones, cruzó la veranda y entró en el porche. En el vestíbulo, su padre y Laurie se cepillaban los sombreros para ir a la oficina.

"Oye, Laura -dijo Laurie muy deprisa-, podrías echarle un vistazo a mi abrigo antes de esta tarde. Mira a ver si quiere plancharse".

"Lo haré", dijo ella. De repente no pudo contenerse. Corrió hacia Laurie y le dio un pequeño y rápido apretón. "Oh, me encantan las fiestas, ¿verdad?", jadeó Laura.

"Ra-ther", dijo la voz cálida y juvenil de Laurie, que también apretó a su hermana y le dio un suave empujón. "Lárgate al teléfono, vieja".

El teléfono. "Sí, sí; oh, sí. ¿Kitty? Buenos días, querida. ¿Vienes a comer? Sí, querida. Encantada, por supuesto. Será una comida muy rudimentaria: sólo las cortezas de los bocadillos y las cáscaras de merengue rotas y lo que sobre. Sí, ¿no es una mañana perfecta? ¿Tu blanco? Claro que sí. Un momento, no cuelgues. Mamá te llama". Y Laura se sentó. "¿Qué, madre? No te oigo".

La voz de la señora Sheridan bajó flotando las escaleras. "Dile que se ponga ese dulce sombrero que llevaba el domingo pasado".

"Madre dice que te pongas ese dulce sombrero que llevabas el domingo pasado. Bien. A la una. Adiós".

Laura colgó el auricular, se echó los brazos por encima de la cabeza, respiró hondo, se estiró y los dejó caer. "Huh", suspiró, y al instante siguiente del suspiro se incorporó rápidamente. Se quedó quieta, escuchando. Todas las puertas de la casa parecían estar abiertas. La casa estaba llena de pasos suaves y rápidos y de voces que corrían. La puerta verde que daba a la cocina se abrió y se cerró con un ruido sordo. Y ahora se oyó un sonido largo y absurdo. Era el pesado piano que se movía sobre sus rígidas ruedas. Pero, ¡el aire! Si te parabas a observarlo, ¿era siempre así el aire? Pequeños vientos débiles jugaban a perseguirse, entrando por la parte superior de las ventanas, saliendo por las puertas. Y había dos pequeñas manchas de sol, una en el tintero, otra en el marco plateado de una fotografía, jugando también. Unas manchitas preciosas. Sobre todo la de la tapa del tintero. Estaba muy caliente. Una cálida estrellita de plata. Podría haberla besado.

Sonó el timbre de la puerta principal y el susurro de la falda estampada de Sadie en la escalera. Una voz de hombre murmuró; Sadie contestó, descuidada: -Estoy segura de que no lo sé. Espera, se lo preguntaré a la señora Sheridan".

"¿Qué pasa, Sadie?" Laura entró en el vestíbulo.

"Es la florista, señorita Laura".

Y así era. Allí, justo al otro lado de la puerta, había una bandeja ancha y poco profunda llena de macetas de lirios rosas. De ningún otro tipo. Nada más que lirios: lirios canna, grandes flores rosas, abiertas de par en par, radiantes, casi espantosamente vivas sobre brillantes tallos carmesí.

"¡Oh, Sadie!", dijo Laura, y el sonido fue como un pequeño gemido. Se agachó como para calentarse ante aquel resplandor de lirios; sentía que estaban en sus dedos, en sus labios, creciendo en su pecho.

"Es un error", dijo débilmente. "Nunca nadie había pedido tantas. Sadie, ve a buscar a madre".

Pero en ese momento se les unió la señora Sheridan.

"Está bien", dijo tranquilamente. "Sí, yo las pedí. ¿No son preciosas? Apretó el brazo de Laura. "Pasaba ayer por la tienda y los vi en el escaparate. Y de repente pensé que por una vez en mi vida tendría suficientes lirios canna. La fiesta en el jardín será una buena excusa".

"Pero creía que habías dicho que no pretendías interferir", dijo Laura. Sadie se había ido. El florista seguía fuera, en su furgoneta. Rodeó el cuello de su madre con el brazo y, suavemente, muy suavemente, mordió la oreja de su madre.

"Mi querida niña, no te gustaría tener una madre lógica, ¿verdad? No hagas eso. Aquí está el hombre".

Llevaba aún más lirios, otra bandeja entera.

"Deposítalos, justo dentro de la puerta, a ambos lados del porche, por favor", dijo la señora Sheridan. "¿No estás de acuerdo, Laura?".

"Oh, sí, madre".

En el salón, Meg, José y el bueno de Hans habían conseguido por fin mover el piano.

"Ahora, si ponemos este chesterfield contra la pared y sacamos todo de la habitación excepto las sillas, ¿no te parece?".

"Bastante".

"Hans, traslada estas mesas a la sala de fumadores, y trae una barredora para quitar estas marcas de la alfombra y -un momento, Hans- " A José le encantaba dar órdenes a los criados, y a ellos les encantaba obedecerla. Siempre les hacía sentir que participaban en un drama. "Dile a mamá y a la señorita Laura que vengán enseguida.

"Muy bien, señorita Jose".

Se volvió hacia Meg. "Quiero oír cómo suena el piano, por si me piden que cante esta tarde. Probemos con 'Esta vida es fatigosa'".

¡Pom! ¡Ta-ta-ta Tee-ta! El piano estalló con tanta pasión que el rostro de José cambió. Entrelazó las manos. Miró afligida y enigmáticamente a su madre y a Laura cuando entraron.

"Esta Vida es Wee-ary, Una Lágrima - un Suspiro. A Love that Chan-ges, Esta vida es Wee-ary, Una lágrima - un suspiro. Un amor que se desvanece, Y entonces... Adiós".

Pero al oír la palabra "Adiós", y aunque el piano sonaba más desesperado que nunca, su rostro estalló en una sonrisa brillante y terriblemente antipática.

"¿No tengo buena voz, mami?", sonrió.

"Esta Vida es Wee-ary, la Esperanza viene a Morir. Un Sueño, un Wakening".

Pero ahora Sadie les interrumpió. "¿Qué pasa, Sadie?"

"Si no te importa, m'm, la cocinera dice que si tienes las banderas para los bocadillos".

"¿Las banderas para los bocadillos, Sadie?", repitió soñadoramente la señora Sheridan. Y los niños supieron por su cara que no las había conseguido. "Déjame ver". Y dijo a Sadie con firmeza: "Dile a la cocinera que se las daré dentro de diez minutos".

Sadie se fue.

"Ahora, Laura -dijo rápidamente su madre-, ven conmigo al fumadero. Tengo los nombres en el reverso de un sobre. Tendrás que escribírmelos. Meg, sube ahora mismo y quítate esa cosa mojada de la cabeza. Jose, corre y termina de vestirte en este instante. ¿Me oís, niños, o tendré que decírselo a vuestro padre cuando llegue a casa esta noche? Y... y, Jose, pacífica a la cocinera si vas a la cocina, ¿quieres? Esta mañana me da pánico".

Por fin encontraron el sobre detrás del reloj del comedor, aunque la Sra. Sheridan no podía imaginar cómo había llegado hasta allí.

"Uno de vosotros, niños, debe de habérmelo robado del bolso, porque lo recuerdo vívidamente: crema de queso y cuajada de limón. ¿Lo habéis



hecho?"

"Sí."

"Huevo y..." La Sra. Sheridan le apartó el sobre. "Parecen ratones. No pueden ser ratones, ¿verdad?" .

"Olive, cariño", dijo Laura, mirando por encima del hombro.

"Sí, claro, aceituna. Qué horrible combinación suena. Huevo y aceituna".

Por fin terminaron y Laura se los llevó a la cocina. Allí encontró a Jose apaciguando a la cocinera, que no parecía nada aterrorizada.

"Nunca había visto unos bocadillos tan exquisitos", dijo la voz embelesada de Jose. "¿De cuántos tipos dijiste que había, cocinera? ¿Quince?"

"Quince, señorita Jose".

"Bueno, cocinera, te felicito".

La cocinera barrió las cortezas con el largo cuchillo de sándwich y sonrió ampliamente.

"Ha llegado Godber", anunció Sadie, saliendo de la despensa. Había visto al hombre pasar por la ventana.

Eso significaba que habían llegado los bollos de crema. Godber's era famoso por sus bollos de crema. A nadie se le ocurría hacerlos en casa.

"Tráelos y ponlos en la mesa, mi niña", ordenó la cocinera.

Sadie los trajo y volvió a la puerta. Por supuesto, Laura y Jose eran demasiado mayores para preocuparse realmente de esas cosas. De todos modos, no pudieron evitar estar de acuerdo en que los hojaldres tenían un aspecto muy atractivo. Muy atractivos. La cocinera empezó a colocarlos, sacudiéndoles el azúcar glas que les sobraba.

"¿No se llevan a todas las fiestas?", dijo Laura.

"Supongo que sí", dijo el práctico Jose, a quien nunca le gustaba que lo llevaran de vuelta. "Debo decir que tienen un aspecto muy ligero y plumoso".

"Tomad uno cada una, queridas", dijo la cocinera con su cómoda voz. "Vuestra madre no se enterará".

Oh, imposible. Unos pastelitos de crema tan pronto después del desayuno. La sola idea daba escalofríos. De todos modos, dos minutos más tarde José y Laura se estaban chupando los dedos con esa mirada absorta que sólo produce la nata montada.

"Vamos al jardín, por la parte de atrás", sugirió Laura. "Quiero ver cómo les va a los hombres con la carpa. Son unos hombres muy amables".

Pero la puerta trasera estaba bloqueada por la cocinera, Sadie, el hombre de Godber y Hans.

Algo había ocurrido.

"Tuk-tuk-tuk", cacareó la cocinera como una gallina agitada. Sadie se llevaba la mano a la mejilla como si le dolieran las muelas. Hans tenía la cara desencajada en un esfuerzo por comprender. Sólo el hombre de Godber parecía divertirse; era su historia.

"¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?"

"Ha habido un accidente horrible", dijo Cook. "Un hombre muerto".

"¿Un hombre muerto! ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo?"

Pero al hombre de Godber no le iban a arrebatarse su historia delante de sus narices.

"¿Conoce esas casitas que hay justo aquí debajo, señorita?" ¿Conocerlas? Claro que las conocía. "Pues allí vive un joven llamado Scott, carretero. Esta mañana, en la esquina de Hawke Street, su caballo esquivó una máquina de tracción y salió despedido por la nuca. Muerto".

"¿Muerto!" Laura miró fijamente al hombre de Godber.

"Muerto cuando lo recogieron", dijo el hombre de Godber con fruición. "Se llevaban el cuerpo a casa mientras yo subía aquí". Y dijo al cocinero: "Ha dejado mujer y cinco pequeños".

"José, ven aquí". Laura se agarró a la manga de su hermana y la arrastró por la cocina hasta el otro lado de la puerta de bayeta verde. Allí se detuvo y se apoyó en ella. "¡Jose!", dijo, horrorizada, "¿cómo vamos a pararlo todo?".

"¡Parar todo, Laura!", gritó José asombrado. "¿Qué quieres decir?"

"Parar la fiesta del jardín, por supuesto". ¿Por qué fingía Jose?

Pero José estaba aún más asombrado. "¿Parar la fiesta del jardín? Mi querida Laura, no seas tan absurda. Claro que no podemos hacer nada de eso. Nadie espera que lo hagamos. No seas tan extravagante".

"Pero no es posible que hagamos una fiesta en el jardín con un hombre muerto justo delante de la puerta principal".

Aquello sí que era extravagante, pues las casitas estaban en una callejuela independiente, al pie de una empinada cuesta que conducía a la casa. Un ancho camino discurría entre ambas. Ciertamente, estaban demasiado cerca. Eran la mayor monstruosidad posible y no tenían ningún derecho a estar en aquel barrio. Eran pequeñas y mezquinas viviendas pintadas de marrón chocolate. En las parcelas del jardín no había más que tallos de col, gallinas enfermas y latas de tomate. El propio humo que salía de sus chimeneas era de pobreza. Pequeños trapos y jirones de humo, tan distintos de los grandes penachos plateados que salían de las chimeneas de los Sheridan. En el callejón vivían lavanderas, barrenderos, un zapatero y un hombre cuya fachada estaba repleta de diminutas jaulas para pájaros. Los niños pululaban. Cuando los Sheridan eran pequeños, les prohibieron poner los pies allí por el lenguaje repugnante y por lo que podían pescar. Pero desde que eran mayores, Laura y Laurie, en sus merodeos, pasaban a veces por allí. Era repugnante y sórdido. Salían con un escalofrío. Pero aun así, hay que ir a todas partes; hay que verlo todo. Así que lo atravesaron.

"Y piensa en cómo le sonaría la banda a esa pobre mujer", dijo Laura.

"¡Ay, Laura!" José empezó a molestarse seriamente. "Si vas a impedir que una banda toque cada vez que alguien tiene un accidente, llevarás una vida muy agotadora. Lo siento tanto como tú. Me siento igual de compasiva". Sus ojos se endurecieron. Miró a su hermana como solía hacerlo cuando eran pequeñas y luchaban juntas. "No devolverás la vida a un obrero borracho poniéndote sentimental", dijo en voz baja.

"¡Borracho! ¿Quién ha dicho que estuviera borracho?" Laura se volvió furiosa contra José. Dijo, como solían decir en aquellas ocasiones: "Voy directamente a decírselo a mamá".

"Hazlo, querida", arrulló Jose.

"Madre, ¿puedo entrar en tu habitación?". Laura giró el pomo de la gran puerta de cristal.

"Por supuesto, hija. ¿Qué te pasa? ¿Qué te ha dado ese color?". Y la señora Sheridan se volvió de su tocador. Se estaba probando un sombrero nuevo.

"Madre, han matado a un hombre", empezó Laura.

"¿No en el jardín?", interrumpió su madre.

"¡No, no!"

"¡Oh, qué susto me has dado!". La Sra. Sheridan suspiró aliviada, se quitó el gran sombrero y lo sostuvo sobre las rodillas.

"Pero escucha, madre", dijo Laura. Sin aliento, medio ahogada, contó la espantosa historia. "Por supuesto, no podemos celebrar nuestra fiesta, ¿verdad?", suplicó. "La banda y todos los que lleguen. Nos oirían, madre; ¡son casi vecinos!".

Para asombro de Laura, su madre se comportaba igual que José; era más difícil de soportar porque parecía divertida. Se negaba a tomar en serio a Laura.

"Pero, querida niña, usa el sentido común. Sólo nos hemos enterado por casualidad. Si alguien hubiera muerto allí normalmente -y no puedo entender cómo se mantienen con vida en esos agujeritos cutres-, aún deberíamos estar celebrando nuestra fiesta, ¿no?".

Laura tuvo que decir "sí" a aquello, pero sintió que todo estaba mal. Se sentó en el sofá de su madre y pellizcó el volante del cojín.

"Madre, ¿no es terriblemente despiadado por nuestra parte?", preguntó.

"¡Querida!" La Sra. Sheridan se levantó y se acercó a ella, llevando el sombrero. Antes de que Laura pudiera detenerla, ya se lo había puesto. "¡Hija mía!", dijo su madre, "el sombrero es tuyo. Está hecho para ti. Es demasiado pequeño para mí. Nunca te había visto tan guapa. Mírate". Y levantó el espejo de mano.

"Pero, madre", empezó de nuevo Laura. No podía mirarse; se apartó.

Esta vez la Sra. Sheridan perdió la paciencia igual que José.

"Estás siendo muy absurda, Laura", dijo fríamente. "La gente así no espera sacrificios de nosotros. Y no es muy simpático estropear la diversión de todo el mundo como estás haciendo ahora".

"No lo entiendo", dijo Laura, y salió rápidamente de la habitación para dirigirse a su propio dormitorio. Allí, por casualidad, lo primero que vio fue a aquella encantadora muchacha en el espejo, con su sombrero negro adornado con margaritas doradas y una larga cinta de terciopelo negro. Nunca había imaginado que pudiera tener ese aspecto. ¿Tenía razón mamá? pensó. Y ahora esperaba que su madre tuviera razón. ¿Estoy siendo extravagante? Tal vez fuera extravagante. Por un momento volvió a vislumbrar a aquella pobre mujer y a aquellos niños, y el cuerpo que llevaban a la casa. Pero todo parecía borroso, irreal, como una foto del periódico. Volveré a recordarlo cuando acabe la fiesta, decidió. Y, de algún modo, ése parecía el mejor plan...

El almuerzo terminó a la una y media. A las dos y media ya estaban todos listos para la refriega. Había llegado la banda del uniforme verde y se había instalado en un rincón de la pista de tenis.

"¡Querida!", dijo Kitty Maitland, "¿no se parecen demasiado a las ranas? Deberías haberlas colocado alrededor del estanque con el director en el centro sobre una hoja".

Laurie llegó y las saludó mientras se vestía. Al verle, Laura volvió a recordar el accidente. Quería contárselo. Si Laurie estaba de acuerdo con los demás, entonces seguro que todo iba bien. Y le siguió hasta el vestíbulo.

"¡Laurie!"

"¡Hola!" Estaba a medio subir, pero cuando se dio la vuelta y vio a Laura, hinchó de repente las mejillas y la miró con los ojos entornados. "¡Vaya, Laura! Estás impresionante", dijo Laurie. "¡Qué sombrero tan absolutamente rematador!"

Laura dijo débilmente "¿Lo es?" y sonrió a Laurie, y al final no se lo dijo.

Poco después empezó a llegar gente a raudales. La banda sonó; los camareros contratados corrieron de la casa a la carpa. Miraras donde miraras, había parejas paseando, inclinándose hacia las flores, saludando, avanzando por el césped. Eran como pájaros brillantes que se habían posado en el jardín de los Sheridan por una tarde, de camino a... ¿dónde? Ah, qué felicidad

es estar con gente que todos son felices, apretar las manos, apretar las mejillas, sonreír a los ojos.

"Querida Laura, ¡qué buen aspecto tienes!"

"¡Qué sombrero tan favorecedor, hija!"

"Laura, estás muy española. Nunca te había visto tan llamativa".

Y Laura, radiante, respondió suavemente: "¿Has tomado té? ¿No quieres un helado? Los helados de fruta de la pasión son realmente especiales". Corrió hacia su padre y le suplicó. "Papá querido, ¿no puede tomar algo la banda?".

Y la tarde perfecta maduró lentamente, se marchitó lentamente, sus pétalos se cerraron lentamente.

"Nunca una fiesta en el jardín más deliciosa ... " "El mayor éxito ... " "La más ... "

Laura ayudó a su madre con las despedidas. Permanecieron juntas en el porche hasta que todo terminó.

"Todo ha terminado, todo ha terminado, gracias al cielo", dijo la Sra. Sheridan. "Reúne a los demás, Laura. Vamos a tomar café recién hecho. Estoy agotada. Sí, ha tenido mucho éxito. Pero ¡oh, esas fiestas, esas fiestas! Por qué os empeñáis en dar fiestas, niños!". Y todos se sentaron en la carpa desierta.

"Toma un bocadillo, papá querido. He escrito la bandera".

"Gracias". El Sr. Sheridan dio un mordisco y el bocadillo desapareció. Tomó otro. "¿Supongo que no te habrás enterado del horrible accidente que ha ocurrido hoy?", dijo.

"Querida -dijo la Sra. Sheridan levantando la mano-, sí. Estuvo a punto de arruinar la fiesta. Laura insistió en que la aplazáramos".

"¡Oh, madre!" Laura no quería que se burlaran de ella.

"De todos modos fue un asunto horrible", dijo el Sr. Sheridan. "El tipo también estaba casado. Vivía más abajo, en la callejuela, y deja mujer y media docena de críos, según dicen".

Se hizo un incómodo silencio. La Sra. Sheridan jugueteó con su taza. Realmente, era una falta de tacto por parte de padre...

De pronto levantó la vista. Allí, sobre la mesa, estaban todos aquellos bocadillos, pasteles, hojaldres, todos sin comer, todos a punto de desperdiciarse. Tuvo una de sus brillantes ideas.

"Ya sé", dijo. "Preparemos una cesta. Enviemos a esa pobre criatura algo de esta comida en perfecto estado. En cualquier caso, será el mejor regalo para los niños. ¿No te parece? Y seguro que vendrán vecinos, etc. Qué ventaja tenerlo todo preparado. Laura!" Se levantó de un salto. "Tráeme la cesta grande del armario de la escalera".

"Pero, madre, ¿de verdad crees que es una buena idea?", dijo Laura.

De nuevo, qué curioso, parecía ser diferente a todos ellos. Tomar las sobras de su fiesta. ¿De verdad le gustaría a la pobre mujer?

"¡Claro que sí! ¿Qué te pasa hoy? Hace una o dos horas insistías en que fuéramos comprensivos, y ahora...".

¡Vaya! Laura corrió hacia la cesta. Estaba llena, la había amontonado su madre.

"Cógela tú, cariño", dijo ella. "Baja corriendo tal como estás. No, espera, coge también los lirios arum. A la gente de esa clase le impresionan tanto los lirios arum".

"Los tallos le estropearán el vestido de encaje", dijo José el Práctico.

Y así sería. Justo a tiempo. "Entonces, sólo la cesta. Y, Laura!" - su madre la siguió fuera de la carpa- "bajo ningún concepto...".

"¿Qué madre?"

No, ¡mejor no meter esas ideas en la cabeza de la niña! "¡Nada! Vete".

Estaba anocheciendo cuando Laura cerró las puertas del jardín. Un gran perro pasó corriendo como una sombra. El camino brillaba de blanco, y abajo, en la hondonada, las casitas estaban a la sombra. Qué tranquilo parecía todo después de la tarde. Estaba bajando la colina hacia algún lugar donde yacía muerto un hombre, y no podía darse cuenta. ¿Por qué no podía? Se detuvo un momento. Y le pareció que los besos, las voces, el tintineo de las cucharas, las risas, el olor a hierba aplastada estaban de algún modo dentro

de ella. No tenía espacio para nada más. ¡Qué extraño! Miró al cielo pálido y sólo pensó: "Sí, ha sido la fiesta más exitosa".

Ahora había cruzado el ancho camino. Comenzaba la callejuela, humeante y oscura. Las mujeres con chales y las gorras de tweed de los hombres se apresuraban a pasar. Los hombres colgaban de las empalizadas; los niños jugaban en los portales. Se oía un zumbido bajo en las casitas mezquinas. En algunas de ellas había un parpadeo de luz, y una sombra, parecida a un cangrejo, se movía por la ventana. Laura agachó la cabeza y siguió adelante. Ahora deseaba haberse puesto un abrigo. ¡Cómo brillaba su vestido! Y el gran sombrero con la serpentina de terciopelo... ¡ojalá fuera otro sombrero! ¿La gente la estaba mirando? Seguro que sí. Había sido un error venir; ella lo sabía desde el principio. ¿Debería volver ahora?

No, demasiado tarde. Ésta era la casa. Así debía ser. Un oscuro nudo de gente estaba fuera. Junto a la puerta, una anciana con una muleta estaba sentada en una silla, observando. Tenía los pies apoyados en un periódico. Las voces cesaron cuando Laura se acercó. El grupo se separó. Era como si la esperaran, como si supieran que iba a venir.

Laura estaba terriblemente nerviosa. Echándose la cinta de terciopelo al hombro, dijo a una mujer que estaba allí: "¿Es ésta la casa de la señora Scott?" Y la mujer, sonriendo de forma extraña, respondió: "Lo es, muchacha".

Oh, ¡quiero alejarme de esto! Dijo: "Ayúdame, Dios", mientras subía por el diminuto sendero y llamaba a la puerta. Estar lejos de esos ojos que miran fijamente, o estar cubierta con cualquier cosa, incluso con uno de esos chales de mujer. Dejaré la cesta y me iré, decidió. Ni siquiera esperaré a que la vacíen.

Entonces se abrió la puerta. Una mujercita vestida de negro asomó en la penumbra.

Laura dijo: "¿Es usted la señora Scott?". Pero, para su horror, la mujer respondió: "Pase, por favor, señorita", y la encerraron en el pasillo.

"No -dijo Laura-, no quiero entrar. Sólo quiero dejar esta cesta. Mamá envió...".

La mujercita del sombrío pasadizo parecía no haberla oído. "Pase por aquí, por favor, señorita", dijo con voz aceitosa, y Laura la siguió.



Se encontró en una pequeña y miserable cocina baja, iluminada por una lámpara humeante. Había una mujer sentada ante el fuego.

"Em", dijo la criaturita que la había dejado entrar. "¡Em! Es una joven". Se volvió hacia Laura. Soy su hermana, señorita. La disculparás, ¿verdad?".

"¡Oh, por supuesto!", dijo Laura. "Por favor, por favor, no la molestes. Yo... sólo quiero irme..."

Pero en ese momento la mujer del fuego se volvió. Su rostro, hinchado, rojo, con los ojos y los labios hinchados, tenía un aspecto terrible. Parecía como si no entendiera por qué Laura estaba allí. ¿Qué significaba? ¿Por qué estaba aquella extraña en la cocina con una cesta? ¿De qué se trataba? Y la pobre cara volvió a fruncirse.

"Está bien, querida", dijo el otro. "Se lo agradeceré a la señorita".

Y de nuevo empezó: "La disculpará, señorita, estoy segura", y su rostro, hinchado también, ensayó una sonrisa aceitosa.

Laura sólo quería salir, alejarse. Volvió al pasadizo. La puerta se abrió. Entró directamente en el dormitorio, donde yacía el muerto.

"Te gustaría echarle un vistazo, ¿verdad?", dijo la hermana de Em, y pasó junto a Laura hasta la cama. "No tengas miedo, muchacha -y ahora su voz sonaba cariñosa y socarrona, y bajó la sábana con cariño-, parece un cuadro. No hay nada que mostrar. Ven, querida".

Laura se acercó.

Allí yacía un hombre joven, profundamente dormido, durmiendo tan profundamente que estaba muy, muy lejos de ellas. Tan remoto, tan tranquilo. Estaba soñando. No vuelvas a despertarle. Tenía la cabeza hundida en la almohada, los ojos cerrados; estaban ciegos bajo los párpados cerrados. Estaba entregado a su sueño. ¿Qué le importaban las fiestas de jardín, las cestas y los vestidos de encaje? Estaba lejos de todas esas cosas. Era maravilloso, hermoso. Mientras reían y mientras la banda tocaba, aquella maravilla había llegado al carril. Feliz... feliz... Todo va bien, dijo aquel rostro dormido. Así es como debe ser. Estoy contenta.

Pero a pesar de todo tenías que llorar, y ella no podía salir de la habitación sin decirle algo. Laura soltó un fuerte sollozo infantil.

"Perdona mi sombrero", dijo.

Y esta vez no esperó a la hermana de Em. Salió por la puerta, bajó por el sendero, pasó por delante de toda aquella gente oscura. En la esquina del sendero se encontró con Laurie.

Salió de la sombra. "¿Eres tú, Laura?"

"Sí".

"Mamá se estaba poniendo nerviosa. ¿Ha ido todo bien?"

"Sí, del todo. Oh, Laurie!" Le cogió del brazo y se apretó contra él.

"No estarás llorando, ¿verdad?", preguntó su hermano.

Laura negó con la cabeza. Sí, lloraba.

Laurie le rodeó el hombro con el brazo. "No llores", le dijo con su voz cálida y cariñosa. "¿Fue horrible?"

"No", sollozó Laura. "Fue sencillamente maravilloso. Pero Laurie..." Se detuvo y miró a su hermano. "¿No es la vida?", balbuceó, "¿no es la vida?". Pero no podía explicar qué era la vida. No importaba. Él lo entendió perfectamente.

"¿Verdad, cariño?", dijo Laurie.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**